

encarga de elevar, ofrecer danzas y cantos, porque trae genéticamente la premisa de que “la poesía y el canto son lo único verdadero sobre la tierra”. Quien sabe danzar y cantar no sólo resuelve momentáneamente las necesidades básicas y prácticas del rito, y con ello logra el reconocimiento, el afecto, la admiración y también la envidia del círculo ceremonial. Tiene además la fortuna de ser un intermediario entre la tierra y el cielo, entre lo mundano y lo divino; un puente entre los vivos y los muertos, entre lo antiguo y lo moderno. Porque de eso también se trata: es la herencia que nos dejaron y que también heredaremos.

Aquí perduran las preocupaciones de los ancestros forjadores de cantos, aquellos que escribieron: “Al menos dejaremos flores, al menos dejaremos cantos”. El jade se quiebra, el oro se enmohece y reblandece, la obsidiana se fragmenta, la turquesa se desmorona, la pluma de los quetzales se desgarras; lo más bello y lo máspreciado se vuelve polvo en el viento de Mictlán. Los tecutli se acaban, los altépetl se fragmentan, los libros de pinturas se borran con el tiempo. Nada permanece, nada queda sobre la tierra.

Sin embargo, los cantos tienen un corazón independiente al hombre, los cantos tocados por el aliento divino quedan para siempre. Las generaciones de danzantes pasan de padre a hijo los cantos y la disciplina, las historias y las viejas leyendas, puesto que son más valiosos que las piedras y las plumas y las semillas del cacao. Dentro de las organizaciones de danza no morirán los cantos ni acabará la tradición.

Amecameca, Estado de México, marzo 2012